

trumentos con pasmoso acierto y hacerles cumplir con su obligacion y obtener una obediencia ciega é incondicional. En la perfecta conciencia del inmenso é incomparable poder que se concentraba en sus manos y en las del monarca, despreciaba soberanamente á todos los demás príncipes y pueblos, y cometía los actos mas brutales y los atropellos mas bárbaros en su perjuicio. Siempre aconsejaba las medidas y resoluciones mas enérgicas y violentas, ya se tratase de simples individuos, ya de pueblos enteros. En el interior, rudo como era, seguro de la aprobacion del rey y estrechamente unido á él, intervenía en todos los ramos de la administracion dando á menudo órdenes en otros departamentos distintos del suyo, sin siquiera dignarse enterar de ellas á los jefes á cuyo cargo estaban. Muy pronto incurrió en su odio el honrado y atento ministro Pomponne; bastó para ello que este, segun escribió Louvois con sorna grosera á un embajador, «tomase por lo serio su calidad de ministro,» es decir, que no quisiera sufrir la intervencion de Louvois en su departamento. Por eso dijo al rey que este hombre de Estado era demasiado timorato y débil; que no comprendía bastante la dignidad y omnipotencia de la Francia, para ser un buen ministro de negocios extranjeros; y el resultado fué que, apenas firmada la paz de Nimega, fué destituido Pomponne en 1679, por haber incurrido en el completo desagrado del soberano. El golpe de gracia le habia dado su política eclesiástica que gastaba demasiado miramientos con los jansenistas y el Papa á la vez. Sin embargo Louvois quedó por su parte burlado, porque en lugar de uno de sus instrumentos sumisos, nombró el rey por sucesor de Pomponne al hermano de su rival, Colbert-Croissy, á la sazón enviado diplomático de Luis XIV en Lóndres. Finalmente, á contar desde el 6 de setiembre del año 1683 no quedó ya nadie que hubiera podido combatir su influencia en el gobierno ni en el ánimo del rey. Por todo el reino y en las cortes extranjeras tenia Louvois muchos espías bien pagados, para dominarlo todo en el interior y estar siempre perfectamente al corriente de las intenciones y situacion de los otros gobiernos. Su propio interés y el de su familia, muy léjos de quedar postergados eran objeto de su constante solicitud; en los sótanos de su palacio, como en los de su padre el canciller, se fueron amontonando millones sobre millones; su hermano era arzobispo de Reims, el primero entre los pares eclesiásticos del reino, presidente de las asambleas de la Iglesia galicana; uno de sus tres hijos era caballero de la órden de Malta y disfrutaba muchos y pingües beneficios eclesiásticos; y de la renta de correos ingresaron en las arcas particulares del ministro 300,000 escudos de oro (5 400,000 pesetas), sin contar otros beneficios. Mas todo esto no fué tan funesto para la Francia como el dominio absoluto de Louvois en la política extranjera del país en este período; porque no podía reemplazar á un Lyonne, hombre de profunda inteligencia, cuyas disposiciones sesubordinaban á un plan general, ni tenia tampoco su destreza siempre dominadora é invasora, ni el cálculo previsor y reflexivo de un Pomponne; todo se reducía en él á brutales atropellos, insolencias sin freno, atrevimiento sin límites y violacion continua de todos los derechos, con cuyos medios creía sostener y aumentar la grandeza de su país, cuando por el contrario contribuyeron á armar toda la Europa sin excepcion contra la Francia, y hacerla entrar en su período descendente.

Con gran sorpresa de toda la corte continuó Colbert-Croissy despues de la muerte de su gran hermano, desempeñando el ministerio de negocios extranjeros. La razon era que su talento escaso no le hacia peligroso para Louvois, que sin cuidarse de él disponia y realizaba sus planes. Colbert-Croissy, además de ser corto de inteligencia, no enten-

dia nada de negocios de Estado, ni de las circunstancias, condiciones y relaciones de las potencias extranjeras, y además le engañaba á menudo su memoria. Trataba de encubrir estos defectos con una grosería calculada, con una insolencia fanfarrona y una irritabilidad ingobernable, de suerte que costaba á los embajadores extranjeros gran trabajo negociar con él. En cambio se alababa su puntualidad en el servicio y despacho de los negocios, así como su destreza en la redaccion de las comunicaciones, instrucciones, notas y explicaciones oficiales; de modo que venia á ser en el fondo como un secretario ó amanuense distinguido de Louvois, que decidía todas las cuestiones y puntos importantes, y que estaba muy ufano de tener un colega adversario suyo y tan poco peligroso en el ministerio; y ¿dónde habria podido encontrar otro secretario de negocios extranjeros que le hubiese dejado el campo tan libre para ser el verdadero director y dueño del país? Porque en efecto, se habia aumentado tanto la afeminacion é indolencia mental de Luis XIV, que forzosamente necesitaba como su predecesor un ministro principal, si no de nombre, por lo menos de hecho; y además los favoritos. ¡Cuán distante vemos ya á Luis XIV de lo que era en 1661!

El hijo mayor de Colbert, el marqués de Seignelaye, habia solicitado antes de la muerte de su padre con mucho empeño el empleo de éste, es decir el de intendente general de Hacienda; pero el rey se habia negado constantemente á dárselo, pretextando la poca edad del pretendiente. Dejó, sin embargo, al jóven y reciente marqués la intendencia general del departamento de marina y el cargo de inspector de la casa real, aunque con el inconveniente de que la administracion de los fondos estaba en manos de sus adversarios. Era por lo demás sujeto de innegable y grande talento, pero no tenia apenas amigos, á causa de su carácter altivo y de su excesiva terquedad.

Con amargo disgusto vió que un primo y partidario ciego de los Le Tellier ó Louvois, el consejero de Estado Le Pelletier, ocupara el puesto de su difunto padre. Era éste Le Pelletier persona honrada, recta, activa, tolerante y cortés, de un talento sobre el nivel comun, pero completamente insuficiente para el puesto difícilísimo que ocupaba. Su falta de práctica y de experiencia en la administracion en aquella época complicadísima de la Hacienda pública hizo que no tardara en ser víctima y juguete de los recaudadores y arrendadores generales y de innumerables empleados inferiores que entendian perfectamente el arte de sangrar el río de oro que debía desembocar íntegro en el tesoro real, y dividirlo en arroyos y arroyuelos, que desembocaran en sus arcas particulares. Faltaba Colbert con su perfecto conocimiento del negocio y su vista de águila, para vigilar convenientemente esta administracion difícilísima, y faltaba cabalmente cuando mas necesaria era una direccion hábil y perita en este departamento, porque ya el espectro del déficit enseñaba un año tras otro su terrible cabeza.

Verdad es que los ingresos, que en 1675 subian aproximadamente á 98 millones de libras, iguales á 588 millones de pesetas de hoy, se habian aumentado progresivamente hasta llegar de 110 á 112 millones, ó sean de 660 á 672 millones de pesetas anuales; pero las personas observadoras y los inspectores íntegros y concienzudos estaban seguros de que el pueblo francés pagaba el doble, quedando la mitad entre las manos de los arrendadores y recaudadores de contribuciones. Es decir que los franceses pagaban entonces 1,250 millones de pesetas anuales de contribucion. Compárese con esta carga la que actualmente sobrelleva el pueblo francés tomando por ejemplo el año 1875 en que el presupuesto de ingresos de la nacion se fijó en 2,627 millones de

francos. La poblacion hoy es exactamente doble de la que habia en la época en que murió Colbert; la riqueza y el bienestar ahora por término medio son muchísimo mayores y mas generales, y las cargas en el día están repartidas con una equidad la mas aproximada á la justicia, y pesan además sobre todas las clases de la sociedad sin privilegios para ninguna. Téngase presente que en tiempo de Luis XIV las contribuciones gravaban exclusivamente á las clases mediana y pobre, y se repartian caprichosamente, añadiéndose á todas ellas el diezmo debido al clero, el alojamiento con manutencion de las tropas y los pechos y prestaciones de trabajo obligatorios en el servicio del señor del territorio y luego en el del Estado, y podrá formarse una idea de la precision horrorosa bajo la cual gemian el jornalero, el labrador, el artesano, el industrial y el comerciante en las ciudades y en el campo.

A pesar de esto excedian siempre los gastos á los ingresos. Despues de la paz de Nimega redujo el rey considerablemente el ejército; pero siempre quedaron todavía 100,000 infantes y 12,000 soldados de caballería, mientras sus predecesores se habian contentado con 50,000 hombres de todas armas en tiempo de paz. Los cuadros para triple número de fuerzas se conservaron tambien, es decir 3 capitanes, 3 tenientes y 3 alféreces por compañía, mas de lo necesario, y pagados por supuesto como en servicio activo. La marina de guerra se componia de 110 galeras, 96 navíos, 42 fragatas y un gran número de faluchos y buques de transporte; todo lo cual costaba grandísimas sumas anualmente. Casi importaban otro tanto los gastos personales del rey y los de la corte; de suerte que no puede causar asombro, si en medio de la paz, en el año 1680 subía el déficit á casi la quinta parte del presupuesto, es decir á 20 ¹/₅ millones de libras ó sean 123 millones de francos. El descubierto para el año 1683 era todavía de 21.600,000 francos, y la deuda flotante con los anticipos subía á 312 millones de francos. En el año 1685 por ejemplo gastó el rey en sus construcciones particulares nada menos que 90 millones de francos, y 12 millones para comprar diamantes, y á las instancias de sus ministros para que redujera sus gastos, contestó aquel monarca sin corazon pero descaradamente audaz: «Siento que los gastos suban á tanto, pero todos son necesarios.»

Así se comprende que Colbert se hiciera el sordo cuando todos sus subordinados le describian á porfía la miseria del pueblo, y que les contestara con la dureza que le era propia: «No hay que tener compasion de quejas hipócritas, demasiado frecuentes en las provincias.» Inflexible era con los contrabandistas á los cuales castigaba con el trabajo forzado en galeras, y en caso de reincidencia con la horca. La medida de que mas se glorificaban Luis XIV y Colbert era la rebaja de la contribucion directa llamada de la talla al principio de su gobierno; pero que en 1682 fué aumentada esta contribucion en un diez por ciento. A las insoportables cargas que pesaban sobre el agricultor se añadia la tiranía de las tarifas de precios, que el gobierno fijaba adrede muy bajos para los productos agrícolas á fin de proteger y beneficiar la industria y el comercio. En el año 1675 escribió el gobernador del Delfinado á Colbert: «No puedo menos de llamar la atencion de V. sobre la miseria que observo en esta provincia. El comercio ha cesado por completo, y de todas partes acuden á mí con súplicas á fin de que manifieste al rey la imposibilidad en que están los habitantes de pagar las contribuciones. Cierto es, y lo digo porque me consta, que la mayor parte de los habitantes de esta provincia se han tenido que alimentar durante el invierno exclusivamente de pan hecho con bellotas y varias raíces, y ahora se ve á muchos comer la yerba de los prados y cortezas de árbol.»

Claro está que el descontento y el disgusto habian de ser generales en el país. La brillante época de Luis XIV, tan admirada por la posteridad, fué para sus contemporáneos época de opresion, de miseria y de lágrimas. En 1678 escribia ya el embajador de Venecia Domingo Foscarini: «Todos sin excepcion desean que ocurra algo que les saque de la esclavitud que tanto tiempo ha que sufren; impacientes claman todos por acontecimientos que cambien el estado de las cosas y sean un remedio para sus males.» Su sucesor Sebastian Foscarini describe minuciosamente el estado de los ánimos, diciendo que todas las clases de la sociedad (los brazos de la poblacion) desean con ansia una revolucion completa, bien que fingiendo obediencia muda. Esto escribian representantes de un país unido á la Francia por una amistad nunca interrumpida. Bossuet, el predicador de la corte, se armó de valor y suplicó con vivas instancias al rey que tuviera presente el ejemplo de su abuelo Enrique IV, que con tanta solicitud habia procurado por el bien de su pueblo. Todo fué inútil.

Esta Francia tan desgraciada, oprimida y maltratada no se conformaba tan pacientemente con su esclavitud, y cada año iba señalado con motines mas ó menos graves en las provincias, de los cuales solo citaremos aqui los dos mas importantes, porque sin su conocimiento no tendria el lector una idea completa de la época de Luis XIV. En 26 de marzo del año 1675, en lo mas recio de la guerra contra la coalicion amotinóse el pueblo de Burdeos contra la carga insoportable de las contribuciones indirectas, que impedían todo tráfico; mató á todos los empleados de este ramo y de la policia; quemó sus oficinas, edificios y archivos, y degolló á todos los que no se declararon por la causa del pueblo. El rey, no pudiendo desmembrar sus tropas porque las necesitaba en las fronteras, pactó con los revoltosos y les otorgó amnistía completa. Esta generosidad forzosa dió ánimo á los descontentos en otras provincias; y el 11 de junio hubo otro motin en Rennes, la antigua capital de la Bretaña; luego otro en la capital nueva de la misma provincia, Nantes, y simultáneamente en todos los distritos rurales. La autoridad atemorizada no se atrevió en ninguna parte á intervenir. Los labriegos bretones no se contentaron con desahogar su ira contra el gobierno del Estado, sino que se dirigieron tambien contra sus demás tiranos, los nobles, á muchos de los cuales ahorcaron en la torre de sus respectivos campanarios con su espada al lado. En las ciudades los sublevados quemaron los registros de la contribucion y el papel sellado. En Burdeos hubo nueva sublevacion, y se enviaron comisionados á Holanda para buscar auxilio contra el enemigo comun, el rey Sol. Duró este reinado de la plebe varios meses, hasta que la conclusion de la campaña permitió al rey enviar numerosas fuerzas á las provincias sublevadas, donde se procedió con un rigor espantoso. Entonces fueron ahorcados sin piedad infinitos labriegos bretones; en la ciudad de Rennes fué reducida á cenizas toda una calle con sus habitantes, ancianos, niños y enfermos, además de haberse impuesto á la poblacion 600,000 francos de multa que hubo de pagar el municipio, y de haber sido degolladas unas 60 personas, despues de quebrarles los huesos atándolas á la periferia de una rueda de carro. Toda la Bretaña tuvo que pagar 18 millones de francos de multa, y fué ocupada por tropas que se alojaron en las casas particulares. La señora de Sevigné al narrar estos horrores exclama: «¡Ya no hay Bretaña!» En Burdeos pasaron las cosas de un modo análogo; 1200 familias de las mas acomodadas se expatriaron dejando con su huida el comercio de la ciudad muerto para mucho tiempo.

Entre los nobles hubo tambien quien no se contentó con murmurar del rey en secreto, porque en 1674 el caballero de

Rohan, noble arruinado, formó con algunos amigos y un profesor holandés de idiomas, un tal Van der Enden una conspiración para suscitar una sublevación de la nobleza normanda, en cuya provincia se notó en efecto un movimiento sedicioso aumentado por efecto del dinero con que auxiliaron á los jefes España y Holanda, pero se descubrió la conjuración y los culpables expiaron su crimen en el patíbulo sin miramiento á cuna ni categoría á pesar de ser principalmente la familia de Rohan nobilísima. Esto sucedió en el tiempo en que Luis XIV auxiliaba y protegía á los mesineses sublevados contra sus gobernantes los españoles.

Estas tentativas fueron las últimas que el pueblo hizo con las armas y la fuerza material contra la opresión política de Luis XIV, cuyo despotismo pesaba de año en año con mas dureza sobre todas las clases de la sociedad. La Francia se desalentó y perdió el brio para resistir, cifrando solo en la Providencia divina todas sus esperanzas de encontrar lenitivo á sus penas y satisfacción á sus quejas mudas. El gran rey había vencido y triunfaba también de sus propios súbditos, y libre ya de temores, podía dirigir todas sus fuerzas contra los otros países, «para según la expresión enérgica del elector de Brandeburgo, trasladar su Bastilla á todos ellos».

CAPITULO V

LA INFLUENCIA FRANCESA SOBRE LOS OTROS PAÍSES EN EL APOGEO DEL REINADO DE LUIS XIV

La paz de Westfalia fué el último documento internacional que se redactó en idioma latino. Desde entonces prevaleció en todos los instrumentos y tratos diplomáticos el francés, como prueba de la superioridad material é intelectual de la Francia sobre las demás naciones. No solamente fué el francés el idioma de la diplomacia, sino que fué también el de la buena sociedad en todos los países; lo cual fué para la Francia no un halago vano, sino un beneficio muy positivo. Aprendiendo las clases elevadas á expresarse mejor en francés que en su idioma propio, adoptaban también en cuanto podían las ideas y modo de ser de los franceses, siendo el resultado un afrancesamiento casi general. El francés encontraba y acostumbró á encontrar en todas las localidades un poco importantes, y sobre todo en la buena sociedad, su propia patria, compatriotas suyos aunque falsificados y de una ley inferior, pero que en cambio le admiraban y veían en él un sér superior aunque fuese un patán; y le imitaban, y él podía mirarlos con cierta condescendencia despreciativa. Apenas se presentaba cualquier aventurero francés en un país, ya se veía obsequiado, halagado, preferido á las personas mas honradas de la población, bien colocado y colmado de honores. Con esto acostumbráronse los franceses á la petulancia, y á creerse superiores á todos, porque doquiera que se presentaban eran un centro al rededor del cual todo el mundo se agolpaba, queriendo hablar su idioma, manifestar sus ideas, admirar sus autores é imitar sus costumbres, para tomar un barniz de la gloria é ilustración del pueblo francés, considerado como el primero de la tierra. Así no debe sorprender que los franceses se hicieran audaces y petulantes creyéndose realmente superiores á todo el mundo y sus dueños y directores. París y Versalles, la capital del país y la de la corte de Francia, eran nada menos que los centros del mundo, porque de allí salían las órdenes del gran monarca, del cual todas las naciones esperaban trémulas su bien ó su mal, la paz ó la guerra. De estos mismos centros salían también las grandes obras de la inteligencia que eran la admiración de todas las naciones, delicia del profesor alemán como del propietario territorial inglés, del cura italiano como del gran

comerciante holandés, y que en ediciones de bolsillo no faltaban en la cámara del capitán de buque que las llevaba á los países de Ultramar. De París y Versalles salían las leyes de la moda caprichosa, del buen tono, siempre tiránicas y variables, pero obedecidas con una obediencia mas sumisa sobre todo por los extranjeros que la que encontraban hasta las prescripciones del mismo semi dios de Versalles. El jóven de buena familia que quería completar su educación había de pasar un año en París, la capital del buen gusto, desde donde volvía á su patria hecho un apóstol entusiasta del carácter amable y vivo del pueblo francés de aquella época. Antes habían ido los jóvenes ricos á Italia para recibir su pulimento entre los flexibles y elegantes nobles de Venecia, en las universidades de Bolonia y de Padua, en la sociedad florentina tan afectuosa, tolerante, poética y cortés en tiempo de la Médicis; pero á todo esto eclipsaba ya París. Esta capital era también el ideal de las mujeres, y hasta la duquesa Sofía de Hanover, con todas sus simpatías por la casa de Habsburgo, no encontró inconveniente en instalarse á orillas del Sena para pasar allí un año con su bella y jóven hija Sofía Carlota. A estas cualidades generales se añadía el lustre deslumbrador de las inauditas victorias, la admiración que causaban el poder colosal de la Francia y sus infinitos recursos; el esplendor fabuloso de la corte del rey, sus palacios gigantescos con sus innumerables y preciosos cuadros y estatuas, sus inmensos jardines con saltos y juegos de agua que parecían obras de hadas, sus brillantes fiestas y su sociedad refulgente de pedrería, oro y plata. Todo el mundo estaba como deslumbrado de tanta magnificencia y grandiosidad, y asombrado de ver la Francia en la cual parecían haberse unido y confundido el poder y la voluptuosidad del imperio de los césares con la fuerza intelectual y la cultura de la Grecia antigua; y así como al final de la época antigua se extendió la civilización greco-romana por igual desde el Eufrates hasta las columnas de Hércules, y desde el gran desierto de Sahara hasta la muralla construida contra los pictos en las lejanas islas británicas, del mismo modo esparcióse y dominó en todo el Occidente la civilización francesa en la época de Luis XIV. Jamás había ejercido hasta entonces otro pueblo alguno de Europa, por grandes que hubiesen sido su poderío y pujanza, una influencia semejante sobre los otros pueblos, ni los alemanes en la edad-media, ni los españoles en el siglo xv.

Las naciones no se contentaron con imitar el idioma y las costumbres francesas, sino que también procuraron tomar de Francia la política y el arte de gobernar. Para gran desgracia del mundo entero, mereció general aplauso también el sistema económico de Colbert con aranceles elevados, con prohibiciones de importación y con todo su mercantilismo nacional. Primero adoptaron la Inglaterra y la Holanda este sistema irracional y tras ellas los demás países, no obstante que no tardaron en ver sus funestos efectos en la misma industria francesa, después de un corto período de prosperidad. Así como á ejemplo de la Francia se habían aislado en política, se aislaron también todos los países bajo el punto de vista comercial procurando cada uno su ventaja y prosperidad en perjuicio y daño de los demás. En lugar del cambio mutuo de los productos, se estableció el principio de la exclusión mutua del mercado. Consumir tan poco como fuera posible de los productos de otros países era el colmo de la sabiduría económica nacional; y el ideal del gobierno levantar una muralla como la de la China entre productores y consumidores de nacionalidad distinta. La situación anti natural resultante de este sistema erróneo y que dura toda vía hoy, se debe á la influencia francesa de mediados del siglo xvii. En ninguna parte produjo esta Francia rutilante de luz,

de poderío, de riqueza y de talento una impresión tan irresistible y literalmente deslumbradora como en la Alemania, á la cual la guerra de los Treinta Años había dejado tan pobre, tan asolada, desgarrada, dividida y material é intelectualmente miserable, y esto no solamente en la masa del pueblo, en la plebe alta y baja, sino también en los talentos mas elevados. Doctos alemanes como Arminio Conring, célebre no solo como catedrático de derecho internacional y como médico, sino también como filósofo, admitieron ufanos las pensiones que les dió Luis XIV de Francia y proclamaron en cambio la gloria de este monarca y de su reinado; y el mismo Leibnitz fué durante mucho tiempo admirador tan entusiasta del rey francés, que le celebró como un segundo Carlo-Magno, soberano y protector natural de la Alemania. A excepción de unos pocos príncipes, no existía ni en la nobleza ni en el pueblo el mas pequeño rastro de patriotismo nacional; y entre aquellos pocos potentados ó príncipes soberanos desapareció también el germen rudimentario de este noble sentimiento. Las cortes, pequeñas ó grandes, se fueron afrancesando una tras otra y perdieron por esto mismo hasta la posibilidad de engendrar un vago pensamiento de orgullo nacional. Los potentados del imperio alemán no se cansaban de admirar y envidiar el ilimitado despotismo de Luis XIV, su cruel explotación de la sangre y de los bienes de sus súbditos, su divinización por los grandes y las personas mas distinguidas de su reino, la admirable organización de su máquina administrativa, la ostentación y fausto que desplegaba, su numerosísimo ejército que le protegía contra todos los enemigos interiores y exteriores. Todo despertaba el instinto de imitación, aunque tosco, de estos príncipes, cada uno de los cuales aunque su principado solo tuviera un par de leguas cuadradas de superficie y mil ó dos mil habitantes, quería tener una corte deslumbradora, guardias de palacio con uniformes cargados de bordados y galones de oro, varias queridas, y además tiranizar su «pueblo», es decir á sus pobres y rudos súbditos en nombre «del interés del Estado» y de la soberanía de derecho divino, enteramente como el rey de Francia. A todo esto se agregaba la antigua costumbre discolá, brutal y revoltosa de no someterse ni obedecer á un jefe comun, conforme lo expresan muy precisamente aquellas palabras de Juan Federico de Hanover: «En mis Estados soy emperador!» Vino Luis XIV, y si antes eran tiranos para sus inferiores, no reconociendo mas derecho que el suyo propio, mas lo eran entonces, y á imitación de aquel monarca anuláron las facultades de las diputaciones provinciales, donde las había, para autorizar las contribuciones; la mas leve sombra de oposición, la mas tímida resistencia fué considerada y castigada como una lesión inaudita del respeto debido al soberano. Entonces desaparecieron en casi todo el territorio alemán, ó perdieron su importancia é influencia las humildes diputaciones de provincia, donde las había, y en su lugar nacieron en todas partes palacios lujosos con su brillante corte, rigurosa y minuciosísima etiqueta, administración y cuerpo de policía severamente organizados, todo como expresión visible y palpable de la omnipotencia del príncipe. Federico II de Prusia escarnece vivamente este estado de cosas en su *Anti-Maquiavelo*, donde dice: «No hubo principillo segundo de línea lateral á quien no se le pusiera en la cabeza ser una cosa semejante á Luis XIV.» La lástima era que con insignificantes excepciones todo este enjambre de grandes y pequeños vampiros no soñaba siquiera en imitar á Luis XIV en sus cualidades nobles y elevadas, en el lozano desarrollo que supo comunicar al espíritu nacional francés, en su afán de presentarse en todos conceptos y lugares como la expresión y el representante dignísimo del pueblo francés,

y de procurar para su país la posición mas elevada y ventajosa posible en el mundo europeo. Aquellos Luises liliputienses de Alemania solo veían y comprendían la parte exterior del mundo formado por el rey Sol, porque ninguno de ellos tenía talento para ver los móviles y resortes interiores y elevadísimos de este monarca.

Un ejemplo de cuán léjos se llevaba en Alemania la imitación, y del grado de inteligencia en este pueblo, nos da el príncipe elector de Brandeburgo Federico III, el cual porque Luis XIV tenía queridas, creyendo que un príncipe respetable no podía pasar sin ellas, eligió una, no para tener relaciones inmorales, sino para retirarse con ella al alféizar de una ventana en presencia de su corte y tener ó aparentar que tenía allí una conversación íntima. Por desgracia no eran tales relaciones en otras cortes de soberanillos alemanes igualmente inofensivas. Claro está que también habían de imitarse los juguetes alegórico-mitológicos de la corte de Francia, los bailes de pantomima con su aparato mágico, las óperas sonoras y vacías de sentido, los juegos pastoriles y corridas de aro, las fiestas dedicadas al bello sexo con sus tómbolas, las excursiones en trineo ó coche y todas las infinitas diversiones necias, pueriles que empequeñecen y matan la inteligencia y que de todos modos causaban grandísimos dispendios en dinero y tiempo que era lo que se quería tanto en Versalles como en las copias diminutas y bufonescas alemanas. La dilapidación que una nación grande y próspera como la Francia podía á duras penas permitir á su monarca, fué imitada también por los señores de los pequesísimos territorios en que ha estado siempre dividida la Alemania, sobre los cuales como consecuencia natural vinieron á gravar cuantiosas deudas.

Las orgías de estos reyezuelos y de sus privados y favoritas, el lujo de trajes y de mesa y la furia de hacer palacios esquilmaron á los pueblos y agotaron todos sus recursos. Una sola querida del elector de Sajonia, Augusto el Fuerte (1), la condesa de Cosel, costó á este príncipe 2 millones de talers (7 millones de pesetas próximamente); y cuando fué elegido rey de Polonia, llevó á su entrada solemne en Cracovia un traje que se estimó en unos 4 millones de pesetas. La hija del ya citado elector de Brandeburgo Federico III llevaba el día de su boda un traje y adornos tan preciosos, que solo los diamantes valían 4 millones de talers (14 millones de pesetas); en la mesa principal se presentaron aquel día en media hora 500 platos con manjares solo para los altos personajes, mientras que la gente palaciega y cortesana comía en otras 86 mesas preparadas para ella. El padre de este príncipe, el gran elector, vencedor de los suecos, había ya enseñado el camino sosteniendo una corte igualmente ostentosa. En fin en el cuadro que presentaban las cortes alemanas se unían á la rudeza primitiva y á la carencia de gusto, una pretendida elegancia que no pasaba de un ceremonial tieso, una ostentosa inmoralidad y una disipación desenfrenada. El primer aventurero francés que se ofrecía como maestro de costumbres elegantes era recibido con grandes honores y brillantemente retribuido; si el tal aventurero se presentaba como entendido en montería, recibía, como uno que apareció en la pequeña corte de Celle en 1682, cerca de 1500 pesetas mas de paga que el noble encargado de la administración y conservación de montes y caza. Los secretarios del monarca cobraban allí anualmente: el italiano 1730 pesetas, el francés 1050 y el alemán 800; en cambio cobraba hasta un

(1) Por su fuerza corporal; se dice que doblaba una herradura, un peso fuerte, arrollaba un plato de plata como una servilleta y tuvo un día un corneta sentado en su mano extendida sobre una sima.